CAPITULO XXXVI.

De como los mexicanos en este pueblo del Tlaltilulco prendieron cincuenta españoles y otros muchos indios, y los sacrificaron á sus dioses.

Como aquel indio *Tlapanecatlecazin* hubó tomado la bandera al español que guiaba, luego los soldados viejos de los indios tomaron orgullo y comenzaron á dar voces á los que estaban asbcondidos tras las paredes, los cuales salieron á pelear contra los españoles; y como vieron á los españoles que venian sin órden y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron muchos de ellos de aquella vez, que fueron cincuenta y tres, y de los indios tlaxcaltecas y texcucanos, y de los de Chalco y Xuchimilco prendieron gran cantidad, y los presentaron al señor de México y á los otros principales del Tlatilulco que con él estaban en la casa de *Tlacuhcalco;* allí los sentenciaron que todos fuesen muertos delante de los dioses, y con todas las circunstancias con que ellos solian sacrificar á los españoles, con cuatro caballos que les tomaron los sacrificaron todos juntos en un Cú principal que se llamaba *Momozco*, y á los indios, porque eran muchos, los repartieron por muchos Cúes, donde todos fueron sacrificados delante de los ídolos: los demas españoles é indios huyeron, y se fueron á sus estancias. A los captivos españoles los llevaron á sacrificar, y sacrificaron en aquel *Momozco* con todas las circunstancias que acostumbraban, y despues cortadas las cabezas, ensartaron en las perchas, y tambien las cabezas de los caballos. Cuando estas cosas pasaron, los mexicanos y tlatilulcanos estaban todos cercados por agua y por tierra, y la pelea no cesaba de noche ni de dia. La diligencia de guardar por todas partes para que no les entrasen bastimentos ni favor alguno de gente era muy grande por agua y por tierra; de ambas partes morian muchos, y se captivaban muchos.

NOTA DEL EDITOR.

Toda la ilustracion que merece el capítulo anterior, está conecsa con el testo del siguiente, que á la letra dice:

CAPITULO XXXVII.

De la primera vez que los españoles entraron en el tianguez (ó mercado) deste Tlaltilulco.

Prosiguiéndose la guerra entre los mexicanos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españoles á los mexicanos, y los iban arrinconando hácia el lugar donde finalmente los dieron mate, en un rincon deste Tlaltilulco, que se llama *Tetenantitech* donde ahora está edificada la iglesia de la Concepcion de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María. Un dia continuándose los reencuentros y escaramuzas entre los españoles y indios, los de á caballo entraron en la plaza ó tianguez deste Tlatilulco (lugar muy espacioso mucho mas de lo que ahora es) el cual se podia llamar emporio de toda esta Nueva-España, al cual venian á tratar gentes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de Quauhtimalla (ó sea Guatemala) y Xalisco (cosa cierto mucho de ver.) *Yo lo ví por muchos años* (*) morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista. Entrando pues en el dicho tianguez ó mercado, los de á caballo comenzaron á pelear contra los que estaban defendiendo que no entrasen (porque

(*) *A este testimonio ¿quién resiste? Nadie. Hoy está tan desolado este lugar, que á las doce del dia puede un hombre pasearse por él en cueros, sin que haya quien lo vea .... ¡Gracias al gobierno paternal, suave y político español!*

estaba gente escogida de soldados viejos para defender la entrada.) Peleando los unos con los otros, fueron alanceados y muertos muchos: muchos de aquellos que estaban en guarda de dicho tianguez, y los españoles rompieron por todo el tianguez, y la gente ansí de guerra, como los tratantes huyeron y recogiéronse á las casas ó tiendas de que estaba cercado todo el tianguez, y desde allí peleaban valientemente. Estaba en el medio de este tianguez un gran Cú, edificado á honra de *Vitzilupuchtli*, dios de los mexicanos; y habiendo los españoles echado de todo el tianguez á los indios, pusieron fuego á este gran Cú, el cual en lo alto tenia una capilla edificada de madera, con un chapitel muy alto, hecho muy artificiosamente de paja, y comenzó á arder. Levantóse una llama tan alta que parecia llegar al cielo. Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el tianguez, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oirlos, porque quemado aquel *de lubro* satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados. Pelearon gran parte del dia en el tianguez, porque los indios se habian hecho fuertes en las casas de las tiendas (*), y en las casas reales donde estaba gran cópia de principales que peleaban valientemente. Finalmente, se hinchó todo el tianguez de los indios amigos, y hicieron gran matanza en los mexicanos y tlatilulcanos, los cuales comenzaron á huir por las calles que van hácia al rincon donde estaban fortalecidos. Otro dia los españoles vinieron á hacer entrada al tianguez por la parte del patio donde estaba el Cú grande de Vitzilupuchtli, por el patio del mismo que se llama *Acatlyacapa*, y comenzaron á dar *sacomano* (ó saqueo) por todas aquellas tiendas de que estaba cercado el tianguez. Como vieron esto los soldados viejos que estaban en la defen-

(*) *No serian de tajamanil como las de la actual plaza del Volador de México, que es la ignominia de esta ciudad, y el dia que se arda perece todo el palacio, almacenes de pólvora que allí hay, oficinas y archivo general contiguo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué descuido!*

sa del tianguez, salieron á ellos, y llevaban por su capitan un muy valiente soldado viejo, que se llamaba *Axóquintzi*, que era de la valía de los que se llaman *Quauchicque*, son como matasietes que usan los turcos. Este capitan con los que iban con él hicieron huir á los saqueadores que decian ser todos indios. En este reencuentro aquel capitan *Axóquintziquachicque* fué muerto de un flechazo que uno de los indios contrarios le echó por los pechos, y luego cayó muerto sin bullir mas piés y manos. En este mesmo tiempo los españoles vinieron por el barrio de *Zacoalco*, (que es á donde está agora la iglesia de Santa Ana) y comenzaron á pelear por aquella parte contra los mexicanos, y iban con ellos los tlaxcaltecas, que se llaman *Nauhtecutli*, y los soldados viejos de los mexicanos echaron una celada para que los tlaxcaltecas se dividiesen de los españoles; y siendo todos juntos los españoles y tlaxcaltecas, algunos tlaxcaltecas y españoles subieron sobre las azoteas de las tiendas que estaban en rededor del tianguez. Estos que subieron sobre las azoteas descubrieron la celada, y dieron voces á los que iban por bajo y dijeron.... *¡Mirad, tlaxcaltecas, que vuestros enemigos están aquí en celada* (*)*!* Y luego comenzaron á flechar á los que estaban en la celada, mexicanos y tlatilulcanos, y los de la celada como vieron que ya los habian visto, comenzaron á huir: luego empezaron á pelear los unos con los otros, los que venian de Zacoalco contra los que estaban en la guarida del tianguez, y los tlatilulcanos resistian fuertemente á los españoles y tlaxcaltecas para que no entrasen en en el tianguez. Estaban los mexicanos de la una parte de la acequia, y los tlaxcaltecas de la otra, y habian quitado los mexicanos todas las puentes del acequia para que no pudiesen pasar los españoles: allí se tiraban los de la una parte á los de la otra con flechas, arcabuces, y dardos, y piedras (que era una cosa de grima.)

(*) *¡Qué sencillez de razonamiento! ¡Qué candor y buena fé para referir este suceso! ¡Cuántos piropos y retruécanos habria usado Solis para contar este hecho! Perdónole al P. Sahagun lo cansado de su estilo por su veracidad.*

NOTA DEL EDITOR.

Aunque los dos capítulos precedentes del P. Sahagun dan idea clara de las principales ocurrencias del asedio de México; podrá formarse completa, si se registra lo que en razon de ellas han escrito con bello estilo otros autores, sobre todo, el Abate Clavijero, precediendo un análisis de los hechos y equivocaciones en que pudieron incurrir otros escritores.

No era llana para Cortés la ocupacion de México; diariamente se le presentaban obstáculos que no podia superar, ni con las innumerables hordes que le acompañaban, ni con la superioridad de las armas con que combatia, ni tampoco con los recursos de que abundaba y carecian los oprimidos mexicanos. Su corazon se destrozaba de congoja, aumentada con los horribles gritos que oia de los cautivos españoles puestos de pechos sobre el tajon de Vitzilupuchtli, *esperando el fatal golpe que les iba á quitar la vida entre rábias y despechos: él temia, y con razon, correr la misma suerte; por lo mismo daba treguas á la lucha por si la fortuna le proporcionaba ocasion de terminarla con gloria, y con menos efusion de la sangre castellana (única sangre que economizaba). Durante veinte dias (dice Clavijero) no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas algunos capitanes y soldados cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron á Cortés, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas que á sus órdenes tenia, y diese un golpe decisivo que de una vez los sacase de tanto peligro y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlaltelolco, donde habian reunido sus fuerzas los mexicanos, para arruinarlos en una accion, ó al menos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia cuán arriesgada era aquella empresa, procuraba*

disuadirlos de ella con las razones mas eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni oponerse á una opinion que habia llegado á ser general en el ejército, tuvo que ceder á sus importunas instancias. Ordenó á Sandoval que con ciento cincuenta infantes y diez caballos fuera á unirse con Alvarado: que emboscase su caballería, y levantase el campo fingiendo que se retiraba, y abandonaba el asedio de la ciudad, para que empeñados los mexicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballería por retaguardia: que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo cegar y apisonar; que no diese un paso adelante sin dejar bien preparado el camino para la retirada; y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar de mano armada en el mercado de Tlaltelolco.

El dia señalado para el ataque general, marchó Cortés con veinte y cinco caballos, toda su infantería, y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército por una y otra parte del camino los bergantines, y mas de tres mil barcas ausiliares. Entró sin oposicion en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division se dió á Julian de Alderete, tesorero del rey, que era el que con mayor empeño habia importunado á Cortés para emprender aquella espedicion, y éste le mandó encaminarse por la calle principal y mas ancha, con sesenta españoles, siete caballos, y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tacuba á la plaza del mercado, la menos estrecha se señaló á los capitanes Andrés de Tápia y Jorge de Alvardo, hermano de Pedro, con ochenta infantes, y mas de diez mil aliados, y de la mas estrecha y dificil se encargó Cortés con cien infantes españoles, y con el grueso de tropas ausiliares, dejando á la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con valor: los mexicanos hicieron al principio alguna resisten-

cia; pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que éstos, atraidos por la esperanza de la victoria se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos castellanos llegaron á las calles mas prócsimas á la plaza, dejando incautamente detras un ancho foso abierto; y cuando con mas ardor procuraban entrar á porfia en la misma plaza, oyeron el horrísono y formidable sonido de la corneta del dios Paynalton, *que solo se tocaba por los sacerdotes en caso de una urgencia pública para escitar al pueblo á tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia á los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron á volver atras hasta el foso. Este parecia fácil de pasar por estar lleno de ramazon, chilacaxtle y otros objetos de poco peso; mas al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba. Allí fué el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado, y defenderse al mismo tiempo, morian á manos de los mexicanos, ó quedaban prisioneros. Cortés, que habia acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos y eshortaciones, para que su desórden no facilitase los estragos que estaban haciendo los mexicanos. ¿Pero qué voces bastan para contener la fuga de una multitud desbaratada, y aguijoneada por el terror? En tal conflicto, Cortés se acercó al foso para salvar á los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados; procuró ponerlos en órden, y dirigirlos al campo, quedando él detras con doce ó veinte hombres para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel dia hubiera sido el último de su vida, á pesar del brio con que se defendió, si los mexicanos en vez de darle la muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran*

empeñado como la otra vez en la calle de Tacuba, en cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses; ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á librarlo. Debió Cortés principalmente la vida y la libertad á un soldado de su escolta, llamado Cristobal de Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas, el cual en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó á costa de su propia vida, cortando de un tajo el brazo al mexicano que lo llevaba consigo. Tambien contribuyeron á su preservacion el príncipe de Texcoco D. Cárlos de Ixtlilxochitl, *y un valiente tlaxcalteca llamado* Temacatzin (*).

Llegaron por fin los españoles (continúa Clavijero) aunque con indecible dificultad, y con no poca gente herida, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre á retaguardia con la caballería; pero el arrojo y furor con que los perseguian los mexicanos era tal, que parecia imposible que uno solo escapase con vida. Los que habian entrado por los otros caminos, habian sostenido tambien reñidísimos combates; pero habiendo sido mas diligentes en llenar los fosos, les fué menos difícil la retirada, cuando por órden de Cortés la efectuaron hácia la plaza mayor de México, donde se reunieron: aun allí encontraron obstáculos, porque los mexicanos habian llenado de enormes piedras el suelo, y los caballos caminaban len-

(*) Muchos años ha que leí en un manuscrito este pasage. En él se decia, que mientras Cortés reunia los suyos, los indios lo rodearon, y en derredor suyo rápidamente abrieron un foso que salvó con su caballo, y en memoria de esto, se erigió en la plazuela del convento de la Concepcion una pequeña capillita, que aun ecsiste (y parece trataba de demolerla el ayuntamiento) muy semejante á la que se demolió en la esquina de la calle de Tacuba, llamada de los *Talabarteros*. En frente de S. Hipólito ecsistia tambien otra capillita que llamaron de los *Mártires*, pues allí perecieron muchos españoles en la *noche triste*. Jamás visito estos lugares sin que se me agolpen mil ideas, y deplore nuestro descuido en la historia.

tamente espuestos á sufrir las descargas de piedras y flechas. Desde allí vieron los castellanos con grandísimo dolor elevarse de los hogares del Cú mayor el humo del copalli que sus enemigos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores para desanimarlos les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado, y Sandoval. De la plaza se encaminaron camino de Iztapalapa á su real, ostigados sin cesar por una muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza de Tlaltelolco, por un camino que iba desde el de Tacuba, y avanzaron felizmente sus operaciones hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oido decir á los mexicanos que Cortés y los suyos eran muertos, se retiraron con no poca dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que antes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

Los mexicanos mostraron en este dia su valor y conocimientos militares, pues supieron eludir el golpe bien combinado, que por poco decide entonces la fatal suerte que aun les esperaba y dilataba el cielo por sus altos juicios. Los españoles perdieron, segun Bernal Diaz que llevaba la cuenta de los que iban faltando, mas de sesenta españoles, muertos unos en la accion, y otros prisioneros, que fueron inmolados en el templo mayor de Tlaltelolco á vista de la division de Alvarado, y mas siete caballos, muchas armas, muchas barcas, un cañon, y mas de mil aliados. Murió tambien un capitan de un bergantin, Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores uno ú otro que no saliese herido, ó mal parado.

Este triunfo lo celebraron los mexicanos por ocho dias continuos, con iluminaciones y músicas en los templos; propagaron la noticia por todo el imperio: en comprobacion de ella enviaron á varias provincias las cabezas de los españoles muertos con el objeto de amedrentar á las que se les habian rebelado y hacerlas volver á la obediencia como lo consiguieron de algunas. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y se volvieron á poner á punto de resistir una nueva accion. Tambien pusieron las casas arruinadas como estaban antes del asedio. Todo mostraba á par que su valor, su decision por defender su pátria, tan inicuamente insultada, é invadida.

CAPITULO XXXVIII.

De como los españoles de dia cegaban las acequias y fosos, y de noche los indios las tornaban á abrir.

Como de cada dia los españoles iban mas arrinconando á los mexicanos, los españoles de dia cegaban todas las acequias y fosos que estaban hechos, y los indios hacian de cada dia para con mas facilidad poder pelear y encerrarles en su fuerte para matallos allí de hambre, teniéndolos cercados y cerrados por todas partes, y los indios de noche tornaban á abrir las acequias y fosos que los españoles habia cegado de dia, y con esto se detuvieron algunos dias que no los pudieron acorralar como pretendian. Los españoles tenian divididas por agua y por tierra sus plazas, en que peleaban ansí los españoles como los tlaxcaltecas, los cuales procedian por tierra allanando los caminos y fosos cada dia, y ganando tierra adelante. Los demas indios amigos tenian sus plazas por el agua, en las cuales peleaban por entrarles, y por defender que les entrasen bastimento ni socorro alguno. En esta porfia pasaron algunos dias, que la guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros,